

la trágica experiencia yugoslava de la última década del pasado siglo, debe formar parte del acervo cultural y político de todos los ciudadanos europeos; aunque solo sea para no olvidar nunca que ninguna eventualidad puede ser descartada de forma absoluta; incluida, como los hechos han puesto de manifiesto, la del desencadenamiento de un cruento proceso bélico que, no lo olvidemos, va a tener como escenario suelo europeo y nadie había previsto en los términos en que finalmente se dio.

*Andoni Pérez Ayala*

Profesor Titular, Facultad de CC. Sociales y de la Comunicación  
Universidad del País Vasco

LORIS ZANATTA: *Eva Perón. Una biografía política*; Sudamericana, Buenos Aires, 2011, 464 págs.

El 25 de enero de 2012, cuando la presidenta Cristina Fernández de Kirchner compareció públicamente para escenificar su regreso al mando del Ejecutivo argentino, tras una intervención quirúrgica que la había mantenido durante casi un mes alejada de su cargo, eligió como telón de fondo (aunque diseñado para que las cámaras lo captaran casi en primer plano) una imagen de Eva Duarte de Perón. El cuadro evocaba sin duda los discursos de Fidel Castro arropado por la efigie de Ernesto Guevara, los de Stalin cobijado por el busto de Lenin (de los que han quedado brillantes testimonios pintados por Aleksandr Gerasimov) o las fotografías de reuniones del primer ministro turco, Tayyip Erdogan, con pares de otros Estados, presididas por el retrato del padre de la patria turca, Kemal Ataturk.

Ahora bien, ¿qué explica que sea Eva Perón la figura patronal elegida por Fernández de Kirchner para revestirse de autoridad, a pesar de que su vida política duró apenas cinco años (1947-1952) durante los cuales no tuvo oficialmente ningún cargo público? ¿Quién fue esa mujer que permanece, tanto tiempo después, en el centro de la cultura política argentina? ¿Cuál fue su influencia en la política de su tiempo y de qué manera se extiende esa influencia sobre nuestros días?

Loris Zanatta intenta en *Eva Perón* responder a estas preguntas y a muchas otras que permitan descifrar el misterio aún escondido tras una de las caras más presentes en la idiosincrasia argentina del último hemisiglo. Misterio que responde, por un lado, al carácter místico que adquirió la figura de Eva Perón a través del tiempo, incluso antes de su muerte, pero sobre todo póstumamente;

por otro lado, a la falta de documentos escritos que permitan dirimir muchas disputas historiográficas en torno a la Eva política y la Eva mujer.

En efecto, si bien las afirmaciones del autor están minuciosamente documentadas, en muchos casos ese respaldo documental no consiste en referencias a fuentes incuestionablemente objetivas e imparciales, sino que se compone de opiniones de embajadores extranjeros en Argentina, registradas en intercambios con los gobiernos de sus respectivos países; de autobiografías, memorias y opiniones de personajes cercanos a la cúpula política argentina de aquellos tiempos; de material de archivo que en muchas ocasiones refleja la perspectiva de algún actor político de aquel tiempo, pero cuyas apreciaciones acerca de Eva y su manejo del poder no son certeramente neutrales.

Tratándose de uno de los personajes más controvertidos de la historia política argentina, esa falta de documentación favorece las lecturas sesgadas de los testimonios existentes. Zanatta se enfrenta a este escollo teniéndolo muy presente y previniendo al lector acerca de las dificultades con que se encuentra el historiador a la hora de describir con asepsia científica la trayectoria política de Eva Perón.

La identificación de Cristina Fernández con Eva parece responder a una estrategia en realidad muy arcaica, que se puede rastrear hasta la Antigüedad grecolatina. Cuenta Baruch Spinoza, por ejemplo, que Alejandro Magno se presentaba como descendiente de dioses, y no lo hacía por soberbia sino por prudencia: «los reyes que habían usurpado antiguamente el poder, procuraron, a fin de garantizar su seguridad, hacer creer que descendían de los dioses inmortales. Pues pensaban que, si los súbditos y todos los demás no los miraban como iguales, sino que creían que eran dioses, aceptarían gustosos ser gobernados por ellos y se les someterían sin dificultad» (*Tratado teológico-político*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 354-355). Es decir que Alejandro recurre a la autoridad de los dioses; legitima su propia figura y sus valores presentándolos como continuidad de figuras y valores socialmente venerados.

El mismo mecanismo ponía en marcha Eva Perón cuando se identificaba —o al menos se hacía identificar por los demás— como heredera de Isabel la Católica o de Encarnación Ezcurra, la mujer de Juan Manuel de Rosas. Yendo aún más lejos en el parecido con Alejandro Magno, Zanatta da cuenta del carácter místico que rodeaba a la figura de Eva y de la literal divinización con que ungió a Perón y a ella misma: «Eva empezó a fabricar su propio mito, destinado a convertirse muy pronto en artículo de fe de los militantes peronistas» (p. 191). En cuanto a él, no sólo lo designó heredero directo del héroe nacional José de San Martín (pág. 299) sino que acuñó frases como «Dios fue quien nos mandó a Perón para que trajera un poco de bienestar a los hogares pobres» (p. 234). En la misma línea vale recordar algunos ritos

como la festividad de San Perón, que incorporaba el correspondiente asueto laboral y que a partir de 1951 se transformó en Santa Evita. Zanatta sostiene, en resumidas cuentas, que Eva intentó hacer del peronismo una «religión política» (p. 318), «en la que Perón encarnaba la divinidad, y ella era la mediadora entre Dios y el pueblo» (p. 284).

Al mismo tiempo, sin embargo, Zanatta hace mucho hincapié en la insistencia con que Eva se mostraba ante las masas como una «compañera» más, como auténtico miembro del pueblo humilde, es decir, todo lo contrario a esa divinización con que se investía y legitimaba. De este modo queda presentada una de las características de Evita que el autor de su biografía política hace notar con insistencia: sus contradicciones o, en muchos casos, la notable ruptura existente entre su discurso y sus acciones, o incluso entre unos actos y otros, siempre con arreglo a la conveniencia, la necesidad, el sentido de la oportunidad —o el oportunismo— político.

El trabajo, que no obstante su rigor metodológico tiene un estilo ágil, asequible para el lector no especializado, está estructurado cronológicamente. Sin embargo, puesto que el objeto de estudio tiene cierto carácter mítico, Zanatta inicia acertadamente el relato con la muerte de Eva, que no marca sólo el final de su vida sino también la cristalización definitiva de ese mito, de su figura, de su halo semidivino para el imaginario social argentino —y en alguna medida el extranjero—. A continuación, obviando su infancia y adolescencia (puesto que se trata de una biografía política, no personal), el autor comienza a trazar el recorrido ascendente de Evita, desde la incipiente carrera actoral que la puso en contacto con el ámbito del poder político hasta su coronación por «el pueblo» como su líder, protectora y alma máter.

A través de ese camino se va tratando algunos eventos insoslayables protagonizados por Eva (como su viaje de 1947 por Europa o sus innumerables discursos) y otros de menor calado político pero que, en conjunto, permiten a Zanatta ir desvelando rasgos de personalidad y de comportamiento político de Evita. De ese modo va recolectando elementos que se complementan para configurar, en conjunto, una imagen integral de la Primera Dama de Perón. Zanatta explora el territorio ético, el ideológico, el religioso, el estrictamente político, el cultural, el sociológico (el encaje perfecto de Eva en la Argentina de su tiempo), el personal (sólo en la medida en que el personaje público se mueve por megalomanía, por búsqueda de condecoraciones, por vanidad).

¿Qué retrato ofrece Zanatta, entonces, de esa mujer que se transformó en el mayor icono femenino argentino tanto en el país como en el exterior; esa mujer que inspiró numerosos poemas laudatorios; esa mujer cuya vida fue argumento de musicales y películas; esa mujer que fue designada recientemente Mujer del Bicentenario argentino?

Su biógrafo la describe ambiciosa, inescrupulosa y autoritaria; políticamente aplastante a corto plazo pero torpe en su incapacidad para prever el largo plazo; ególatra en su avidez por conseguir premios y reconocimientos *ad personam*; del todo despreocupada por el respeto a las instituciones; antipolítica, más por declaración que por acción u omisión; intensamente nacionalista y católica; clientelista; constante pregonera de principios que luego traicionaba sin miramientos al actuar; eficaz censora de medios de comunicación opositores y tutora de medios oficialistas; poseedora de un deslumbrante instinto para la demagogia y la agitación de las masas.

También expone Zanatta que Eva carecía de estudios superiores y que su bagaje de lecturas era raquítico. ¿Cómo consiguió Eva, entonces, el inmenso poder que llegó a ostentar? ¿Cómo se explica el éxito de su transformación en semidiós, en mito? Por un lado, argumenta su biógrafo, Eva fue copando niveles cada vez más altos del Estado, desde funcionarios de correos hasta ministros, con gente de su confianza, que no tenía otros sostenes políticos, de manera que todo lo que era se lo debía a ella, y podía dejar de serlo si no le guardaba lealtad. Por otro lado, fue absorbiendo crecientes recursos económicos de los más variados ámbitos públicos en beneficio de la Fundación que llevaba su nombre y que constituía el altar desde el que llevaba a cabo su actividad, sea caracterizada como asistencialismo o, de acuerdo a la lectura que hace Zanatta, como desbocado clientelismo.

Por otro lado, la factura del personaje místico, divinizado, se explicaría por el agudo instinto político (o demagógico) de Eva, pero tanto o más que eso por los consejos de sus ideólogos. Entre éstos destacaba el clérigo jesuita Hernán Benítez, que sería responsable de gran parte de las palabras pronunciadas por Eva a través de sus numerosos discursos así como, en términos más generales, de la construcción y promoción de su figura.

A pesar de los calificativos es importante recalcar que en todo momento el autor procura no transformar el libro en un ensayo de opinión ni en una biografía generalista, sino que se centra en el aspecto político de la vida de Evita, dejando sus vicisitudes personales aparte. También evita que el foco de su estudio se amplíe hasta constituir una obra sobre el peronismo o la reciente historia argentina en general.

La figura de Eva es fertilísima para análisis de psicología política, y Loris Zanatta no desaprovecha las posibilidades que le ofrece su objeto de estudio. Si bien la obra se mueve definitivamente dentro de los límites de la Historia, hay numerosos pasajes dedicados a trazar el perfil de personalidad que encarnó Evita y que explica diversos aspectos de su acción pública: la búsqueda y el manejo del poder, su trato melindroso hacia las masas frente a sus modos despóticos y autoritarios para con altos funcionarios argentinos y

extranjeros, su uso de la propaganda política, la mencionada intuición del poder en alguien que no había tenido una formación política, la construcción y la traición —no siempre racionalmente estratégica— de alianzas y lealtades, su tensa relación de poder con Perón. En este último ámbito Zanatta plantea el carácter especulativo de todas las teorías existentes: tanto las que abogan por una Eva títere de Perón como las que postulan que era ella quien imponía sus voluntades y pareceres a un Perón intimidado por el temperamento autoritario de su compañera. No obstante, en el conjunto del relato se percibe una inclinación del autor por la segunda tesis.

Por último es necesario mencionar a algunos de los actores imprescindibles para construir la biografía de Eva, y que por ese motivo se erigen en auténticos protagonistas de este estudio: la Confederación General del Trabajo (CGT) y las masas de «descamisados», que conformaban la sólida base de apoyo popular de Evita; la oligarquía y los «vendepatrias», bestias negras de Eva, a las que asignó el papel del Mal en ese universo maniqueo en que el peronismo representaba el Bien; la Iglesia y el ejército, contrapesos del peronismo que se opusieron mayoritariamente al poder de Eva, tanto por motivos ideológicos como porque los desplazaba de espacios y funciones sociales que hasta entonces monopolizaban; y las mujeres, en las que centró una gran parte de su discurso y de su acción política, creando el partido peronista femenino, impulsando el movimiento que culminó con el acceso de las mujeres al sufragio y erigiéndose en su protectora.

Eva Duarte de Perón murió en 1952 dejando un legado que oscila, según el cronista al que se atienda, desde riquísimo hasta pesadísimo. Lo que en todo caso está fuera de toda duda es que la herencia que dejó a la historia política argentina es ingente, y que su espectro político y místico está tan presente como hace sesenta años. Loris Zanatta se hace cargo de esa vigencia y, con arreglo a ello, propone una nueva interpretación de la persona que en apenas un lustro marcó a fuego en el destino de la nación argentina con el sello de su personalidad arrolladora.

*Ariel Sribman*  
Becario de Investigación FPU  
Universidad de Salamanca